

arte y la ciencia y de donde emerge clara y sabia la moral fecundadora. Sólo así es como se podrá asegurar que nuestra América ha dejado los campos azarosos de las armas para entregarse de lleno a vivir la vida de su estructuración espiritual.

Otro medio de suma importancia para conseguir ese cometido, o para ayudar a conseguirlo es el siguiente:

Un intercambio de ideas llevado a cabo por misiones especiales que visiten recíprocamente los países de nuestra América. Un intercambio de ideas que ensanche el campo del conocimiento no sólo en el aspecto científico y artístico, sino también en el de la agricultura y en el de la industria, trayendo lo nuevo y llevando lo nuevo que esos ramos del conocimiento ofrezcan. Pero es entendido que tales comisiones que dictarán conferencias en los centros culturales y harán prácticas experimentales en laboratorios al efecto, han de ser integradas por elementos versados en la materia de conocimiento sobre que han de manifestarse. Serán, de preferencia, ciencias económicas y sociales. En arte: la pintura, la literatura (ahondando en este aspecto en la literatura vernácula que es el alma de la Raza), escultura, música —folklórica de preferencia— etc. Harán la manera, tales misiones, de procurar el canje de libros y revistas culturales entre los diversos países que visiten. Serán, ojalá, esas misiones integradas por oradores de renombre para que logren despertar hondas inquietudes y creen emoción en los auditorios. Eso sí, desterrando de los temas todo aquello que tenga mal sabor político, porque todo lo que toca la política lo daña. La democracia cimentada en la política es un falso credo. Ha de ser la labor de esas misiones altamente creadora, altamente organizadora y disciplinada en el buen gusto de los temas que elija para que todos los elementos que concurran a recibir sus enseñanzas sepan establecer la notable diferencia que existe entre lo que es la verdadera obra del espíritu por la filosofía, la ciencia y el arte, y lo que es la política disociadora que todo lo corrompe con su falsa careta democrática.

La unidad de América en esa forma, será, después, algo que necesitan los pueblos por la sabia enseñanza que han recibido. O sea: los mismos pueblos, ya preparados, sentirán la necesidad de la unidad para conseguir su propia grandeza.

No puede concebirse la unidad por la cultura y la economía si esa cultura y esa economía (la cultura primero, la economía por aditamento), no se cimentan en bases sólidas que las alejen de los vicios y errores en que han cimentado sus vidas ambiguas las democracias de nuestra América.

La muerte del militarismo sólo se conseguirá cultivando a los pueblos. La mayor parte de éstos, indigenizados aún, indigenizados en la tendencia atávica a la pereza, a la efervescencia bélica, al rencor y al odio ancestrales, tiene el resabio del carcaj y todavía les parece que al trasladarse de uno a otro lugar los acompaña el arco y la flecha. Hay que desindigenizar a los pueblos de nuestra América, pero en esos defectos y acostumarlos a creer que lo que llevan debajo del brazo no es el arco y la flecha sino el libro. Hay que respetar el sabor indígena en los aspectos de grandeza que forman el monumento de la Raza; hay que respetarlo en su paciencia de milenios, en su humildad sumisa y abnegada que sin ser un morbo de servilismo es el respeto a los derechos humanos que dignifican a la Raza por lo mismo

que llevan implícita la llama del coraje.

Combatir al analfabetismo es desindigenizar a la Raza de un defecto gravísimo.

Hay que amarle a los pueblos de nuestra América su folklore, su nostalgia que es poesía y es música, su respeto a la tradición y la leyenda que forman su historia, su romance, el alma de la Raza. Hay que amarle su respeto profundo a la ley: hay que amarle y respetarle esas cualidades y explotarlo en bien de la cultura.

Combatir el analfabetismo es combatir el militarismo: combatirlo y destruirlo.

Países de una amplia cultura como lo fué Egipto, como lo fué la India, como lo fué Grecia, no cimentaron su cultura en el uso del sable: la cimentaron en la sabia organización de sus instituciones, la cimentaron en la probidad de los hombres: en la probidad y amplia visión de esos hombres como jefes de estado.

El poderío económico de una nación es el resultado de una sabia organización cultural.

Muchas de las naciones de nuestra América se han debatido a partir de su independencia, en una constante y morbosa politiquería. Es más: no se conforman los políticos, luego de obtener resultados favorables de factura dudosa, con haber conseguido las altas posiciones a que aspiran sino que, a la sombra del poder, siguen maquinando con el fin de que su obra mezquina de pésimo gobierno se proyecte en su sustituto: se proyecte cubriéndole sus peculados, su demagogia, sus errores de lesa patria. Y al que queda lo acompaña la nefasta sombra del que sale, y amparado a esa sombra fatídica éste también repetirá los errores de su antecesor: los repetirá con creces.

Con la cultura bien orientada los pueblos sabrán elegir a sus mandatarios. Los discutirán dentro de una sana y constructiva ideología, y sabrán, por la preparación que ya ilumina sus mentes, rechazar aquellos que usan la demagogia como caballo de batalla. Porque en la tergiversación de la verdad con el instrumento de la demagogia se han fermentado, como si dijéramos, los morbos que han corrompido a las democracias de nuestra América.

No podremos llegar a la unidad de América en ningún sentido noble y elevado si no desterramos primero y para siempre esa malsana inclinación de los hombres que aspiran a regir nuestros destinos. Y, naturalmente: o son ellos quienes para consolidarse en el poder buscan el apoyo de las bayonetas, o son éstas quienes con el poder que les da la fuerza, depone a aquél para sustituirlo con otro de parecido o peor linaje.

HAGASE DE ESTOS LIBROS:

Pablo Neruda: <i>Selección</i> . 353 pp. 2da. edición aumentada. Nascimento	20.—
Cornelio Hispano: <i>Kerylos</i> . Laudes de la Belleza y el Amor	10.—
Juan Larrea: <i>Rendición de Espíritu</i> . Cuadernos Americanos. 2 tomos	20.—
Charles Singer: <i>Historia de la Ciencia</i> . Fondo de Cultura Económica. México	15.—
Roberto Brenes Mesén: <i>Gramática Histórica y Lógica de la Lengua Castellana</i>	12.—
Sara de Ibáñez: <i>Pastoral</i> . Cuadernos Americanos	6.—

En la oficina del Rep. Amer...

Debe desaparecer de nuestras latitudes esa tendencia bélica de tribu, ese pésimo sabor de palenque en que todo se le debe a la flecha y en que todo ha de ser por la conquista de la flecha: modo éste de demostrar que todavía andamos con taparrabo.

La grandeza de las naciones se obtiene con la unión de los pueblos. Cuantos más pueblos se unan para formar una nación, más grande será esa nación, no por su mayor número de habitantes sino por la organización sabia que se le ha dado al formarla.

Las virtudes cívicas que animan a un ciudadano animarán al resto de los ciudadanos y todos en conjunto harán una nación grande, próspera y feliz. Grande por su cultura; próspera por su cultura; feliz por su cultura: grande, próspera y feliz y, al mismo tiempo, modelo de naciones a la que sabrán imitar otras naciones menos avanzadas.

Y, ¿qué decir cuando, ya con una sólida cultura se haya conseguido la unión de los pueblos de Indoamérica? ¿Qué decir de su sólida estructura económica? Pues claro: no podrá concebirse una estructuración ideológica sabia y fecundante si la economía que ha de ir al ritmo de esa cultura, se desatiende. Es decir: una cosa traerá la otra porque habrá una visión más amplia para la industria, para la agricultura, para todo aquello que constituye la maquinaria de producción de una nación. Ambas se necesitan, ambas se viven, ambas marchan implícitas.

El gobierno por la cultura es también el gobierno de clara visión económica y cultural del pueblo.

Las fronteras que establecen las tarifas arancelarias son la cortina de hierro que interponen las aduanas entre los pueblos para que les sea muy difícil llegar a un armonioso entendimiento. Me refiero a los pueblos de nuestra América. Tales cortinas deben desaparecer, y que el intercambio de productos sea una demostración de que de veras estos pueblos quieren acercarse entre sí: convivir, establecer amistad y sentirse en su propia casa al entenderse recíprocamente dentro de una ideología exenta de las trabas protocolarias que son de estilo entre los representantes de gabinete.

La economía es un aspecto de la vida que siendo como lo es, de primordial importancia para conservar la independencia no sólo material, sino que también espiritual, en nuestras latitudes se ha descuidado, al extremo, de que en muchos países se vive la vida onerosa y peligrosa del empréstito; o sea: se comprometen las actividades vitales de la nación con el lisonjero auxilio del capital extranjero. No es posible sobrevivir dignamente mientras el compromiso con sus vencimientos o con los intereses acumulados esté constantemente tocando a las puertas de la tranquilidad nacional. Más claro: no hay así tranquilidad ya que la nación deudora es una nación esclava: lo es del país acreedor. El desbarajuste en las finanzas no se hace esperar en una nación comprometida económicamente. Pero existe el medio de deshacerse de ese pligro: la producción. Un país que produce es un país que sabe vivir. Producir de todo en el campo de la industria: producir y vender hasta colmar el mercado interior. Producir y más producir. Sembrar también: sembrar en los inmensos territorios que todavía se conservan vírgenes.

Más energía en los gobiernos de estos países para que obliguen a todos los terratenien-

(Concluye en la pág. 143)